

HOMILÍA

Domingo III de Pascua

1 Pe 1, 17-21

a. Contexto

Nos vamos a acercarnos por primera vez en este año a otro tipo de literatura bíblica, dentro del Nuevo Testamento: las cartas del ámbito no paulino. En este caso, la llamada Primera Carta de Pedro.

Amigo, amiga creyente, con el texto de hoy entra en la fiesta pascual de la Resurrección la perspectiva de la esperanza y de nuestra salvación ya realizada en su inicio por el Señor: desde el Bautismo vivimos de esto.

La Resurrección del Señor viene así celebrada y puesta en acción dentro de la existencia diaria. O sea, que estamos siendo ya ahora criaturas nuevas con Cristo, orientados desde Él hacia Dios (cf. 1 Pe 1, 21).

En un primer momento, acerca de si el autor de la carta es el Apóstol Pedro -cosa difícil de comprobar-, hay que decir que la datación de este escrito supera por lo tratado la fecha de Pedro (muerto hacia el 64-67).

La referencia a 'Babilonia' para designar Roma (cf. 1 Pe, 13, p.ej.) no se ve en la literatura de la apocalíptica judía -de donde toma expresiones esta Carta cristiana- antes del año 70 d.J.C.

Este escrito puede fecharse a partir de ese año. El autor domina el griego, por pertenecer a una minoría de judíos adinerados (venidos de la diáspora), en la que no puede colocarse el Apóstol Pedro (cf. Hech 4, 13).

Esta obra va dirigida a cristianos de Galacia y de Asia, Iglesias de gente proveniente del paganismo en una gran parte, y fundadas por Pablo. Por eso se percibe en la carta un trasfondo de teología paulina.

Estaríamos ante un caso de pseudonimia, por razones de honor hacia Pedro. El autor, pues, es un responsable culto de la Iglesia primitiva, consciente de los problemas por los que atraviesan esas comunidades.

Parece que los destinatarios de la carta son cristianos de zonas rurales de Asia, Bitinia, Capadocia, Galacia, ya que no se nombran grandes ciudades de esas regiones en el texto.

Las dificultades que pretende ayudar a superar la carta provienen de gente más bien pobre, en medio de una sociedad hostil. Por eso se habla tanto de fraternidad (cf. 1 Pe 2, 17), de amor o de solidaridad (cf. 1 Pe 3, 8).

Hay temas cristianos tratados en esta obra de forma un tanto distinta, que aporta puntos de vista nuevos. Es el caso de la regeneración del cristiano, en conexión con la Resurrección de Cristo (cf. 1 Pe 1, 3.23, p.ej.).

Igual sucede con la Pasión del Señor en el N.T. en relación con el dolor de los seguidores de Cristo. O el texto especial acerca de los cristianos, piedras vivas, unidos a Cristo, piedra viva (cf. 1 Pe 2, 5).

Nos situamos, por tanto, ante una síntesis de fe bastante madura, hecha en época avanzada de la redacción del N.T., en general. Y así, el sentido escatológico no es inmediatista, sino sereno, remitido al presente.

La estructura del escrito neotestamentario puede ser ésta:

- saludo primero (1 Pe 1, 1.2).
- los cristianos heredan la salvación (1 Pe 1, 3-12).
- argumentaciones de la Carta (1 Pe 1, 13-4 ,9). Aquí se encuentra el pasaje que hoy celebramos, con el que rezamos este Domingo Pascual.
- sufrimiento y esperanza del cristiano junto a Cristo (1 Pe 4, 12-5.9).
- despedida (1 Pe 5, 12-14).

b. Texto

Afirma el autor que los seguidores del Señor estamos regenerados, nacidos a una vida nueva, gracias a la Resurrección de Cristo. Entonces, la esperanza es la base de la exhortación que aquel realiza a los cristianos.

La insistencia en las motivaciones para perseverar en una vida nueva según Cristo implica compromisos concretos, dado el alto precio que Dios 'paga' por la salvación: la sangre de su Hijo (cf. 1 Pe 1, 19).

Por tanto, hay que insistir en lo distinta que es ahora la vida de los creyentes, en comparación con lo que se vivía antes (cf. 1Pe 1, 18): la fe transforma la vida del discípulo de Cristo, hermanos.

Así que ahora se da una nueva relación con Dios Padre, al que el creyente invoca (cf. 1Pe 1, 17), comprometiéndose personalmente en su vida (cf., p.ej., Rom 8, 15).

Es un caso más de semejanza con la teología de Pablo. Lo anterior ha pasado (cf. 2 Co 5, 17ss.: convicciones paulinas...), lo extraño a la fe cristiana ya no tiene cabida en la vida del creyente.

Por 'temor' al Señor se entiende el afán de no romper la vida nueva en Cristo (cf. 1 Pe 1, 17), no el miedo. El rescate, la libertad de que habla el v.18 se ha adquirido con el sufrimiento de Jesús, con su sangre.

Todo eso da idea del alto valor salvador de la libertad cristiana, según el autor de 1Pe. Estos bienes proceden de la acción salvadora de Cristo, por consiguiente.

Ése es el acontecimiento central de la historia, dentro del plan de Dios (cf. 1Pe 1, 20), realizado para que surja la esperanza en el cristiano (cf. 1 Pe 1, 21).

c. Para la vida

Salta a la vista la riqueza de bienes espirituales con que Dios nos llena. Ahora bien, un texto bíblico no se transforma en Palabra de Dios, hasta que no es recibido, vivido, 'rezado' en una comunidad cristiana.

Por eso, lo que el autor de esta carta hace con aquellos cristianos, estamos nosotros llamados a hacerlo con este pasaje de hoy: leerlo y vivirlo en nuestra historia, ¿no?

Se me ocurre que ahora es también tiempo de salvación, según Dios. También nuestro siglo XXI, el de nuestro bienestar de primer mundo, junto a la miseria de otros hombres, debe ser evangelizado.

Si participamos en la Muerte de Cristo por el bautismo en la existencia de cada día, así empezamos a participar de su Resurrección, no sólo sacramentalmente, sino naciendo a una vida nueva en Cristo.

Que esto no son palabras bonitas se podrá comprobar cada vez que alguien nazca a cualquier tipo de resurrección: moral de convivencia, en el campo de la justicia social o en el del amor.

Cuando alguien nace a la verdad (cf. Jn 8, 32) en un mundo que echa mano de la ciencia para superar las formas de desesperanza actuales, apostamos por la esperanza, sin escapismos o falta de responsabilidad.

Si el Evangelio, como decía Pablo, es 'fuerza de salvación para todo el que cree' (cf. Rom 1, 16), apostar por la vida, por la verdad en un mundo de apariencias e imágenes sólo puede hacerse en la fe. En esa fe que viene acompañada por la fuerza (la gracia) de Dios: así lo creemos los cristianos, ésa es nuestra fe, amigos. Podrán escucharnos o no, ser nosotros capaces de transmitir fe o no.

Lo que está claro es que nadie va a dejarnos sin trabajo, nadie nos podrá jubilar, si nos alienta la fuerza de Cristo Resucitado. ¿Nos alienta de verdad la gracia de Dios...?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb

antonio.rodriguezderojas@salesianos.edu